

Ejercer la crítica parece a algunos fácil tarea, al igual que a otros les parece fácil la tarea del legislador; sin embargo, para la representación literaria, igual que para la representación política, es preciso tener algo más que el simple deseo de dirigirse a las multitudes. Desgraciadamente, no es esta la idea que predomina, y la crítica, desamparada por los esclarecidos, es ejercida por los incompetentes. Las consecuencias de semejante situación saltan a la vista. Las musas, privadas de un faro seguro, corren el riesgo de naufragar en los mares siempre ignotos de la publicidad. El error produce nuevos errores; apagados nobles estímulos, derribadas legítimas ambiciones, sólo un tribunal será acatado y éste, aunque sea el más numeroso, también es el menos decisivo. El poeta oscilará entre los dictámenes mal efectuados del crítico y los caprichosos arrebatos del público; ninguna luz, ningún consejo, nada le indicará el camino a seguir; y la muerte próxima será el definitivo premio a sus fatigas y luchas.

¡Ya hemos ido a parar a estas tristes consecuencias! No quiero enjuiciar temerariamente, pero cualquiera puede advertir los largos intervalos con que tardan en aparecer las buenas obras, y lo escasas que son las publicaciones marcadas por un talento auténtico. ¿Queréis modificar esta lamentable situación? Estableced la crítica, pero la crítica fecunda y no la estéril, que nos aburre y nos mata, que no refleja ni discute, que derriba por capricho o levanta por vanidad; estableced la crítica que piensa, sincera, perseverante elevada; tal será el modo de reenderezar los ánimos, promover estímulos, guiar a los principiantes, corregir a los valores consagrados; condenad el odio, el amiguismo y la indiferencia -esas tres lacras de la crítica actual-, poniendo en su lugar la sinceridad, la atención y la justicia; sólo así tendremos una gran literatura.

## Una reflexión sobre la crítica literaria

# EL CRÍTICO IDEAL

Machado de Assis

*Condenad el odio, el amiguismo y la indiferencia  
—esas tres lacras de la crítica actual—, poniendo en su lugar la  
sinceridad, la atención y la justicia; sólo así tendremos  
una gran literatura.*

Es evidente que a esa crítica, llamada a producir tamaña reforma, se le deben exigir las condiciones y virtudes que le faltan a la crítica imperante; y, para definir mejor mi pensamiento, he aquí lo que exigiría al crítico futuro.

El crítico actualmente considerado como tal, no se distingue por su ciencia li-

gar de resumir en dos líneas -cuyas frases ya las tiene compuestas el impresor- la valoración de una obra, le corresponde meditar profundamente sobre ella, encontrarle su sentido íntimo, aplicarle las leyes poéticas, en fin, ver hasta qué punto la imaginación y la verdad se conjugaron para producir aquel resultado. De este modo, las conclusiones del

acrecentadas responsabilidades, ya comprendo que no basta con una lectura superficial de los autores, ni la simple transcripción de impresiones momentáneas; es posible, ciertamente, fascinar al público, mediante una fraseología siempre utilizada para alabar o hundir; pero, para aquellos a quienes una frase nada dice si no comporta una idea, se-

*“Si el crítico se deja influir por circunstancias extraliterarias,  
caerá frecuentemente en flagrantes contradicciones,  
y sus juicios de hoy descalificarán sus valoraciones de ayer”.*

teraria; incluso se cree que para desempeñar tan curioso oficio es condición imprescindible despreocuparse de aquellas cuestiones que interfieran en el campo de la imaginación. Muy otra, en cambio, debe ser la actividad del crítico; en lu-

crítico servirán tanto a la obra concluida como a la obra en embrión. Crítica y análisis; pues la crítica que no analiza es más cómoda, pero no puede pretender ser fecunda.

Para hacer frente a tan

mejante medio es inútil y una crítica así es negativa.

No puedo comprender a un crítico sin conciencia. Ciencia y conciencia, he aquí las dos condiciones básicas para ejercer la crítica. La crítica útil y verda-

dera será aquella que, en vez de dictar sus juicios basándose en un interés, sea este el interés del odio, sea el de la adulación o la simpatía, procure emitir únicamente los juicios que le dicte su conciencia. Debe ser sincera, so pena de ser nula. No le es dado defender ni sus intereses personales ni los ajenos, sino únicamente su convicción, y su convicción debe forjarse tan pura y tan elevada que no sufra la influencia de las circunstancias externas. Poco le deben importar las simpatías o antipatías de los demás; una sonrisa complaciente, que puede ser recibida y correspondida con otra, no debe convertirse en el fiel de la balanza; por encima de todo, de las sonrisas y los desplantes, está el deber de decir la verdad y, en caso de duda, antes callar que traicionarla.

Ya me doy cuenta de que con semejantes criterios es difícil vivir; pero la profesión del crítico no es un camino de rosas, y si lo es, sólo lo es en lo que respecta a la satisfacción íntima de decir la verdad.

De las dos condiciones señaladas hasta aquí como premisas se deducen naturalmente otras, tan necesarias como las primeras para el ejercicio de la crítica. Una de estas condiciones es la coherencia, y sólo puede alcanzarla el crítico realmente concienzudo. En efecto, si el crítico, al manifestar sus juicios, se deja influir por circunstancias extrañas a los asuntos literarios, caerá frecuentemente en contradicciones flagrantes, y sus juicios de hoy descalificarán sus valoraciones de ayer. Sin una perfecta coherencia, sus dictámenes pierden cualquier atisbo de autoridad y se rebajan a la condición de velleja, movida por el soplo de todos los intereses y todos los caprichos, siendo así el crítico un mero altavoz de sus inconsistentes aduladores.

El crítico debe ser independiente -independiente en todo y de todo-, indepen-



La Jirama. Xilografía de Camilo Blas.

diente de la vanidad de los autores y de la propia vanidad. No debe preocuparse ni de inviolabilidades literarias ni de ciegas adoraciones; pero también debe ser independiente de los ramalazos del orgullo y de los dictados del amor propio. La profesión de crítico debe ser una constante lucha contra todas esas servidumbres personales, que desautorizan sus juicios, sin dejar de corromper la opinión. Para que la crítica sea magistral es preciso que sea imparcial -precavida respecto a la insuficiencia de los amigos, atenta a los méritos de los adversarios-, y, a este respecto, la mejor lección que podría mostrar al crítico sería aquella frase de Cicerón cuando César mandaba levantar estatuas a Pompeyo: "Erigiendo estatuas a tu enemigo es como mejor consolidas tus propias estatuas".

La tolerancia también es una virtud para el crítico. La intolerancia es ciega, y la ceguera induce al error; el buen consejo y la moderación pueden corregir y enderezar las inteligencias; pero la intolerancia no produce nada que sea fecundo ni perdurable.

Es preciso que el crítico sea tolerante, incluso en lo que concierne a las diferencias de escuela; si las preferencias del crítico se inclinan por la escuela romántica, no por ello debe condenar, nada más que por eso, las obras clásicas legadas por la tradición, ni las meditadas obras que inspira la musa moderna; de la misma manera deben los clásicos hacer justicia a las buenas obras de los románticos y los realistas, tan cumplida justicia como estos deben hacer a las buenas obras de aquellos. Así como un mahometano puede ser un hombre de bien, también una obra realista puede contener verdad. Mi admiración por El Cid no me impide apreciar los encantos de Ruy-Blas. La crítica que, para ahorrarse el trabajo de meditar y profundizar, se limitase a una masiva proscripción, sería la

crítica de la destrucción y el aniquilamiento.

¿Es necesario decir que uno de los requisitos de la crítica debe ser la urbanidad? Una crítica que, para expresar sus ideas, sólo recurre a fórmulas ásperas, ya puede despedirse de cualquier esperanza de influir y orientar. Para mucha gente, ese tono será la manera de demostrar la independencia; pero el observador experimentado hará muy poco caso a una independencia que necesita salirse de sus casillas para demostrar que existe.

Moderación y urbanidad en la expresión, he aquí el mejor medio de convencer; no hay otro que sea tan eficaz. Si la delicadeza en el trato es un deber para todo hombre que vive entre hombres, con más razón lo es para el crítico, y el crítico debe ser delicado por excelencia. Deber que no debe olvidar nunca, ya que su obligación es decir la verdad, y decírsela a lo más susceptible que existe en este mundo, que es la vanidad de los poetas. De otro modo, el crítico cruzará el límite de la discusión literaria, para caer en el terreno de las discusiones personales; el intercambio de ideas se volverá intercambio de palabras, de injurias, de acusaciones, a no ser que una buena dosis de sangre fría, por parte del adversario, haga imposible ese espectáculo indecente.

Tales son las condiciones, las virtudes y los deberes de quienes se dedican al análisis literario; si a todo esto añadimos una última virtud, la virtud de la perseverancia, habremos completado el ideal del crítico.

Dominar la materia que trata, buscar el espíritu de un libro, diseccionarlo, profundizar en él, hasta llegar a su alma, indagar constantemente las leyes de lo bello, todo eso con la conciencia en la mano y la convicción en los labios, adoptar reglas definidas, a fin de no caer en contradicción flagrante, ser franco sin aspe-

reza, independiente sin injusticia, es esta una noble tarea que más de un talento podría desempeñar, si se quisiera dedicar exclusivamente a ella. En mi opinión, incluso es una obligación para todo aquel que se sienta con fuerzas para intentar la gran obra del análisis concienzudo, atento y verdadero.

Los resultados serían inmediatos y fecundos. Las obras que pasaran del cerebro del poeta a la conciencia del crítico, en vez de ser tratadas conforme a su buen o mal humor, serían sometidas a un análisis severo pero útil; el consejo reemplazaría a la intolerancia, la fórmula de urbanidad ocuparía el lugar de la expresión rústica; la imparcialidad daría lugar a leyes, en lugar del capricho, la indiferencia y la superficialidad.

Esto es lo que concierne a los poetas. Respecto a la crítica actualmente imperante, al carecer de consistencia por sí misma, o debería entrar en la senda de los deberes difíciles pero nobles, o quedaría reducida a conquistar de sí misma los aplausos que le negarían las inteligencias esclarecidas.

Si esta reforma, en la que sueño sin esperanzas de que se realice próximamente, viniera a mudar el estado actual de las cosas, ¡qué de nuevos talentos! ¡qué nuevos escritos! ¡qué estímulos! ¡qué ambiciones! El arte adquiriría un nuevo aspecto para los inexpertos; las leyes poéticas -tan confundidas hoy; y tan aleatorias- serían los únicos criterios de medida por los que se establecieran los méritos de las obras; y la literatura, todavía hoy alimentada por contados talentos osados y bienintencionados, vería abrirse para ella días de esplendor y prosperidad. En manos de la crítica está todo esto. Que aparezca la crítica, convencida y resuelta, y su obra será la mejor obra de nuestros días. ■

Traducción de Juan Fernández

## MACHADO DE ASSÍS, LA VIDA ES UNA ÓPERA

Nacido (1839) y muerto (1908) en Río Janeiro, ciudad de la que no se movió prácticamente nunca, de origen humilde que siempre intentó ocultar, mulato (por lo que los padres de su esposa, Carolina Xavier-Novais, se opusieron al matrimonio), epiléptico, algo tartamudo, tímido, infatigable lector, Machado de Assís remontó toda clase de dificultades con la tenacidad del autodidacta que, desde temprana edad, ama apasionadamente la cultura, más por puro gusto que por afán de trepar. Aprendiz de tipógrafo -mal tipógrafo; se escondía por los rincones para leer-, corrector, traductor, periodista, funcionario, la carrera social de "Machadinho", si bien brillante, de *self-made-man* americano, no voló tan alto como su *work-in-progress* como escritor, gracias al cual es actualmente el autor brasileño sobre el que más se ha escrito.

Hay abundante materia para ello; desde las poesías de *Crisálidas* (1864), su primer libro, hasta el ensayo -fundó en Brasil la crítica digna de tal nombre, y buena parte de sus páginas de crítica han resistido el paso del tiempo-, pasando por el teatro -el género que más le gustaba, pero el que peor se le daba-, el cuento, la novela e incontables artículos periodísticos (de crítica de ópera, entre otros), Machado de Assís escribió (y leyó) sin parar, escribió de todo, y, por lo general, escribió muy bien, con tanto ingenio como profundidad. Con un marcado gusto por la paradoja, el juego de apariencias y equívocos, la *mise en scène* y los golpes de efecto, fruto todo ello tanto de su afición por la ópera como de las apariencias pequeño-burguesas bajo las

que él mismo escondía su volcán (literario) interior.

Precisamente fue la hipocresía pequeño-burguesa lo que Machado de Assís mejor describió, satirizándola con la mezcla de humor ligero y escepticismo deliberado que se puede apreciar desde *El alienista* hasta sus novelas. Con una escritura que combina la desenvoltura -y hasta la desfachatez- y la espléndida facilidad narrativa, estableciendo un diálogo amistoso y sarcástico con el lector, al que convierte en cómplice de un juego que Machado de Assís domina en todo momento. ¡Y qué juego!: uno de los 148 (¡148!) capítulos de *Don Casmurro* no llega a las cuatro líneas; las *Memorias Póstumas de Blas Cubas* arrancan, como indica el título, de la muerte de su "autor" y reconstruyen ¡en primera persona! su muy peculiar vida, en orden inverso al habitual en las memorias, de la muerte al nacimiento.

Así, la ficción riza el rizo; ¿qué es más verdadera, la "vida real" o la de los libros (entre los que Machado de Assís pasó toda su vida)? La literatura, refugio, mundo de ilusiones que compensa la ingratitud de la vida, acaba imponiéndose a ésta, burlándose soberana y perdurablemente de una "vida real" que en el fondo es pura apariencia e ilusiones insatisfechas, "La vida es una ópera, Dios el letrista y Satán pone la música", se dice en *Don Casmurro*. Puede añadirse; y el escritor brasileño uno de los más agudos y vivaces críticos de esta ópera. Si, la vida es una ópera, toda memoria es póstuma y Machado de Assís plenamente vigente.

J. F.